

## EL SILENCIO DE MI VIDA

Noralva Lerma Rivera

### Introducción

Corría el año de 1984, el día en que las astas eran adornadas con la bandera tricolor en todas las instituciones públicas de este lindo y bello país llamado México; 24 de febrero, veneración de la bandera mexicana, símbolo nacional por excelencia.

Nací en el estado de San Luis Potosí, en Mexquitic<sup>1</sup> de Carmona, en una comunidad llamada Morelos, pueblo enclavado entre lomas y oculto entre los nopales, custodiado por alicantes<sup>2</sup> escondidos entre los mezquites, de donde toma su nombre.

### Infancia y niñez

Ahí fue donde, por primera vez, me tocó ver la luz del día; soy la tercera entre mis hermanos. Y hasta donde alcanza mi memoria, recuerdo que en este lugar mi padre se dedicaba al cuidado de su

<sup>1</sup> La palabra Mexquitic es de raíces nahuas o aztecas y quiere decir “lugar de mezquites” (*cf.* Centro Nacional de Estudios Municipales, Gobierno del Estado de San Luis Potosí, *Los municipios de San Luis Potosí*, México, Talleres Gráficos de la Nación (col. Enciclopedia de los municipios de México), 1987.

<sup>2</sup> Serpientes chifladoras.

parcela, en la que, además de sembrar frijol y maíz, criaba ganado vacuno, equino, porcino y aves de corral: gallinas, guajolotes y patos. Mi madre se ocupaba de las labores del hogar y de nuestro cuidado. Recuerdo que con alegría nos llevaba al río y aprovechaba para lavar la ropa, darnos un chapuzón y así calmar el calor del clima semidesértico de este lugar. Nadábamos un poco. Era muy divertido ver los cardúmenes que se correteaban alegres por el agua formando figuras caricaturescas que a mis hermanos y a mí nos hacían ver la vida de forma bella y única.

Pero la vida da muchas vueltas y conmigo no fue la excepción. En ese pueblo no existía la posibilidad de superarse. La escuela primaria sólo llegaba al tercer grado de los seis que deben ser. Y así, al llegar mi hermano a la edad en que debía cursar el cuarto año, mis padres se vieron en la necesidad de emigrar hacia mejores oportunidades de estudio y de vida, diferentes de las del campo. Mi padre no quiso que continuáramos con la labor de cuidar animales y sembrar la tierra, de sentarnos a esperar las lluvias para tener cosechas que luego nos aseguraran la subsistencia hasta la siguiente temporada.

Cuando tomamos el camión, dejamos atrás la vida junto con las cosas que se quedaron con algo de nuestra esencia. Viene a mi recuerdo que nuestro perro nos ladraba como pidiendo que nos quedáramos, pues sus ladridos eran voces que nos comunicaban que quería cuidarnos, parecía que presentía lo que iba a suceder tiempo después.

Sin más, llegamos a la ciudad fronteriza de Matamoros, Tamaulipas. Era 1989, y la ciudad era muy pequeña. Mi papá construyó una casa de madera, muy humilde, pues en ese tiempo era costumbre construir casas de triplay y cartón. La ciudad era muy pequeña y, más bien, parecida a un ejido, pues abundaban los nopales y los mezquites, igual que en mi natal Mexquitic. Como familia, nunca carecimos de lo necesario para subsistir. Sin embargo, el propósito no era sólo vivir por vivir, y sin ningún problema continuamos con

la escuela; con grandes esfuerzos tuve la oportunidad de estudiar hasta la secundaria.

## **La adolescencia**

Antes de terminar la secundaria me vi en la necesidad de trabajar para costear mis estudios. Recuerdo que había personas que me pedían que les ayudara a recoger y limpiar sus casas. Desde los trece años supe lo que era ganarse la vida y ayudar a mis padres; esto lo hacía en el transcurso de la mañana, ya que por las tardes iba a la escuela.

Para ir a la secundaria tenía que caminar aproximadamente treinta minutos diarios; caminar por el monte no era difícil y el trayecto parecía seguro. Sin embargo, fue a esa edad cuando tuve las primeras experiencias amargas y dolorosas de mi vida; viví momentos de terror y angustia. Recuerdo que mi cuerpo ya empezaba a sufrir los cambios de la adolescencia, mi primer periodo menstrual acababa de suceder. Ya me estaba haciendo mujer. Pero no era eso lo que me ocasionaba el mayor problema, sino que, apenas entrada a los trece años, ¡ya estaba embarazada! Apenas era una niña y no podía ser. Nunca di una explicación del asunto y lo he callado hasta donde he podido.

Desde niña observaba a mis padres, quienes con su ejemplo, más que con palabras, me enseñaban una forma de ser que considero haber seguido hasta el día de hoy. Cuando pasaba algo malo, todos teníamos que callar lo sucedido y no podíamos hacer comentarios a nadie de ningún asunto. Esto lo asimilé, y mi voz interior me lo recuerda día a día, a tal grado que llegó a ser un principio vital, necesario para subsistir. Ahora, este principio me parece un fantasma que me persigue y me cuesta trabajo incluso escribirlo. Pero tengo que romper mi silencio. Tengo que atreverme, aunque parezca que traiciono a mis padres, incluso a mí misma.

## **La tragedia. Edad: doce años**

Una tarde en que caminaba muy gustosa y con ganas de llegar con mi mamá para contarle lo bien que me iba en las clases, de regreso de la escuela a mi casa, ya casi a las ocho de la noche (salía a las siete y media y me duele recordarlo), fui sorprendida por un desconocido a quien ni la cara le vi. Me aterró. Me tomó fuertemente y me llevó a una casa abandonada, de las que había por donde yo caminaba. Fui abusada y violentada sexualmente por ese sujeto. Fue muy doloroso y vergonzoso ese acontecimiento... Una vez saciado el tipo, toda lastimada, como pude me levanté y caminé con una tristeza infinita a mi hogar. Fiel a las enseñanzas de mis padres, nunca dije nada. Mis días transcurrieron normales y nunca volví a saber de un segundo periodo menstrual. Al paso de los meses, mi cuerpo empezó a cambiar, comencé a engordar un poco y tenía que ponerme la ropa ajustada para cubrir mi embarazo. Seguí yendo a la escuela, pero un fin de semana me sentí muy mal y fui a parar al hospital. Nació mi bebé con siete meses de gestación y comenzó otro problema: “¿Cómo es posible que nos lo hayas ocultado todo este tiempo? Y nosotros pensábamos que tenías otra cosa”, dijeron mis padres. Me exigían que les dijera de quién era, pero no pude decir ni una palabra, por lo que me gané la desconfianza de mi papá, aunque seguí contando con el apoyo de mi mamá, que fue quien se hizo cargo de mi bebé. Yo tuve que buscar trabajo para continuar mis estudios de secundaria hasta que conseguí terminarla.

## **Edad: próxima a los quince años**

El trabajo era indispensable para mí, así que, buscando la forma, encontré un lugar en una fonda especializada en comida poblana. Recuerdo que entre los clientes había uno que me seguía

mucho, y llegué a tenerle miedo, aunque siempre se ofrecía a ayudarme. No necesitaba de él, pero era muy insistente, andaba tras de mí a cualquier parte que fuera. Con el tiempo supe que se llamaba Noé.

Nunca se me olvida la ocasión en que llegué tarde a casa, pues mi patrona no me dio mi sueldo a tiempo, y tuve que esperarla más de tres horas. Cuando llegué a mi casa, mis papás estaban enojados conmigo, pues la desconfianza en mí aún prevalecía. Reprobaron mi conducta y me echaron a la calle. Sólo alcancé a tomar un cambio de ropa y me fui a la plaza del centro de la ciudad. Ya entrada la noche, caminé y caminé hasta encontrar un lugar donde dormir. Al otro día, muy temprano, me desperté y fui hacia el trabajo. Ahí me aseaba y me cambiaba de ropa, lavaba la anterior para que estuviera lista para el siguiente día. Fue una temporada difícil, ya había aprendido a tener orgullo propio, y regresar a mi casa ini pensarlo! Tenía que salir adelante por mis propios medios. Y así lo hacía. Cuando en la fonda no había mucha clientela, le proponía a mi patrona hacer tortas y salir a la calle a venderlas. Ella lo veía bien y yo me apuraba a prepararlas y salía en busca de gente con hambre y, por supuesto, trabajadora, que pudiera comprarme la comida. Llegaba a donde había construcciones y negocios cercanos; por fortuna, siempre regresaba a la fonda sin ninguna torta y mi patrona me hacía fiesta, celebraba mi éxito. Ésas eran de las veces en que me sentía apreciada y valorada, pensaba que sí podía superarme y salir adelante a pesar de mi soledad y amargura.

Una noche de las que estaba en la plaza sentada tranquilamente, de repente llegó un excompañero de la secundaria y me dio gusto verlo, pues antes de eso nadie existía en mi soledad. Se acercó y me saludó, lo cual fue más agradable aún; sin embargo, la vida tiene muchas sorpresas, y una de ellas fue la que recibí esa noche: junto con él venía Noé, el de la fonda. Me sorprendió verlos juntos y me entró desconfianza, de ésa que a todas las mujeres

nos da cuando el sexto sentido nos alerta de un peligro cercano, pero mi amigo me dijo que no había problema que ellos se conocían muy bien. Me invitó a su casa y, después de mucho insistir, acepté, pues pensé que ésa era una oportunidad para dormir en un lugar diferente de la calle. Cuando llegamos a su casa, el lugar me pareció muy solo, ya que había árboles muy grandes y poca iluminación (para mi mala suerte, tiempo después supe que la casa era utilizada para drogarse por todo el que quisiera hacerlo). Al cabo de un rato, me quedé dormida por el cansancio. Desperté al otro día y salí de ese lugar sin avisarle a nadie. Después de una semana, regresé, pues aunque estaba muy solo ahí, al menos se sentía más seguro que la calle. Ahí se encontraba Noé, que muy amable me invitó de cenar y nos quedamos dormidos. Al otro día platicamos y me pidió que me quedara a vivir con él. Y así comencé una nueva vida.

## **Vida en pareja**

Al quedarme a vivir con Noé, pensé que había encontrado a alguien que me cuidara y me protegiera. Al principio, como en toda relación, todo fue muy lindo. Pensé que quedarme a su lado era una forma de pagarle que me rescatara de la calle. Al poco tiempo quedé embarazada y tuvimos una niña a la que extraño mucho, ya que hace mucho que no la veo ni sé nada de ella. Al año tuvimos un segundo hijo, y al tercer año ya estaba embarazada otra vez. La vida siguió dando vueltas y esta vez tampoco fue la excepción; llegué a la cárcel por un supuesto filicidio, pero, más que un delito, es mi silencio lo que me tiene presa. Enterrar lo sucedido hasta el fondo del olvido, me ha ayudado a estar bien y a seguir viviendo.

## **Edad: próxima a los diecisiete años**

Al paso de un año en compañía de mi pareja, y ya con nuestra hijita Yosselin Arlette, él comenzó a cambiar su modo de comportarse. Empezó a llegar más tarde a casa y a emborracharse por causas que aún desconozco; después me agredía verbal y físicamente. Vivimos un tiempo en casa de mis padres, y ahí también me agredía. Luego nos fuimos a un área ejidal, lejos de mi familia, a una casa que su papá le regaló, y fue ahí donde viví la más horrible tragedia de mi vida: vivir sin amor. A pesar de que mi madre me decía que al estar con él tenía que soportarlo todo, me rogaba que me quedara en casa con ella, pero yo decidí mi vida y lo acepté tal cual. Tiempo después supe que era adicto a la cocaína. Así llegó el momento en que, por las noches, cuando llegaba a casa, agredía a todos los que vivíamos allí, incluyendo a mis hijos: la niña, de dos años y medio, y mi niño, de un año y medio. Además, ya estaba embarazada de un tercer hijo.

## **Edad: diecisiete años**

Recuerdo que una noche en que no podía dormir porque sentía mucho miedo, escuché ruidos como de pisadas de caballos. Al asomarme para averiguar qué era, me pareció ver un jinete. Me metí a la casa y me armé de valor. Volví a salir para ver qué era y no encontré nada; había desaparecido. Rato después me quedé dormida. Al otro día por la mañana llegó una paloma que se dejó agarrar sin ningún temor y se la di a mi niña, que muy alegre se puso a jugar con ella. Después llegó un pajarito de los que andan en los sembradíos de sorgo y también se dejó agarrar, así que le corté las alas y se lo di a mi niño, que estaba deseoso de tener una avecita como su hermana. Por la noche los coloqué en una jaula, y al amanecer, ¡oh, sorpresa!, la jaula estaba llena de sangre, pero el

pajarito estaba sano y sin ningún rasguño, estaba vivo y trinando. Tal vez esto era un aviso de la tragedia que pronto iba a suceder.

A media mañana acomodé a los niños para que jugaran en el patio fuera de la casa. Tendí una sábana en el suelo y senté a mis dos hijos, le di la paloma a mi niña y el pajarito lo metí en la bolsa de la camisa a cuadros que tenía puesta el niño. Entré a mi casa y, al poco rato, salí y me di cuenta de que el pajarito se había muerto dentro de la bolsa. Le pregunté a la niña qué había pasado y ella me dijo que nada. Nos dimos a la tarea de desplumarlo y luego lo tiramos a la basura.

En la madrugada del día siguiente, llegó Noé a la casa en estado inconveniente. Estaba muy oscuro aún y, como era su costumbre, empezó a gritar y a exigir que le diera de cenar. Sus gritos despertaron a mi niño. Noé se enfureció más todavía y, para callarlo, le tiró un golpe que alcanzó su estómago. Yo lo defendí y me golpeó también a mí. Él, tal vez cansado, se sentó en la cama. Yo busqué un poco de ropa y me vi en la necesidad de salir con mis hijos a cualquier lugar, pero él me gritaba: “¡Nadie te va querer así!” Él sabía que ya tenía cuatro meses de gestación, además de cargar con mis dos hijos. De cualquier forma, me salí de la casa y caminé para ver quién me daba un *ride*. Él me dio alcance y me regresó a golpes, a pesar de mi embarazo. Como todavía estaba oscuro, al llegar a la casa, la niña se volvió a quedar dormida.

Ya de mañana de ese día marcado en el calendario como 13 de mayo de 2003, la niña se despertó. Nunca dejamos de discutir, y ella pidió que la llevara al baño (que estaba fuera de la casa), así que tuve que salir de la habitación. El niño, entonces, se despertó y comenzó a llorar. El llanto era mucho más fuerte y le pedí a la niña que se diera prisa para ir a ver qué le pasaba. Cuando llegué a donde estaba, me sorprendió que estuviera tirado en el suelo y su papá acostado en la cama muy tranquilo. Lo más sorprendente era que el niño tenía un brazo doblado más de lo normal. Lo levanté. Después pasó su cuñado y Noé se levantó, se puso sus



zapatos y se fue. Me puse a hacerles de almorzar, pero el niño no me recibió ningún bocado, se veía triste y me preocupé. Me alisté para salir y llevarlo a que lo atendieran. A la niña la dejé encargada con la suegra de mi cuñada. En la carretera me dieron un *ride* y me dejaron en la casa de mis papás. Me preguntaron qué había pasado, pero como siempre, fiel a mis principios, no pude decir nada. Lo único que dije es que se me había caído y me llevaron al hospital. Me tomaron mis datos y después llegó Noé, me dio un abrazo diciéndome: “No digas nada, di que se cayó”. Poco después llegó la Ministerial y me explicaron que el niño estaba grave. Al preguntarme qué le había pasado, contesté que se me había caído de la cama. Luego me explicaron que esos eran golpes internos que no eran de una caída, me esposaron y me llevaron detenida junto a Noé. Desgraciadamente, mi hijo había muerto a causa de los golpes. Estuvimos dos días en la Ministerial, donde nos estuvieron interrogando acerca de lo sucedido. Los policías intentaron quitarme la ropa, pero al verme embarazada, me dejaron tranquila. Al ver que estaban golpeando a Noé, les dije que no había hecho nada, con el fin de que lo dejaran en paz y de que no le hicieran daño. Acto seguido, lo soltaron, lo dejaron libre y a mí me pusieron todos los cargos. Me internaron en el Cereso de Matamoros en el área femenil, donde pago caro mi error y mi fidelidad a ese principio de familia que es “callar la verdad”; ahora purgo una condena de más de treinta años de prisión.

## **El presidio**

Desde el 15 de mayo de 2003, al ingresar al Centro, a mis diecinueve años de edad, mi vida cambió. Éste es otro mundo, con buenas y malas expectativas y una diferente forma de sobrevivir. Por un momento me sentí libre de aquella vida pasada. Perdí a mi hija, él se quedó con ella y hasta el día de hoy no la veo, por eso la

extraño tanto. Tuve a mi bebé en prisión y mis padres se encargan de él. Mi madre se deprimió y le cayó el azúcar, se enfermó de la diabetes. Mi familia ya no es la misma, la desgracia nos alcanzó. Sin embargo, mi vida en prisión ha sido muy relajada. Tengo todo lo que no pude tener afuera: libertad interior. Estar sola y ser yo misma me ha hecho repasar mi vida, meditar las cosas y sacar lecciones para vivir. Después de todo, llegué a pensar que no le importaba a nadie y empecé a tener amistadas equivocadas para salir así de mi soledad y olvidar el pasado, para poder ser mejor. Algunas veces me he consolado usando drogas, para tranquilizarme y estar inconsciente. Ha pasado el tiempo y me he dado cuenta de que ese mundo es vano, irreal, y me equivoqué de nuevo. Tengo ganas de salir de este mundo (sin pensar en el suicidio) para estar en mi realidad y transformar mi vida.

Tengo ocho años presa, pero busco nuevos horizontes. Quiero volar libre y experimentar que sí se puede ser feliz. Tengo ganas de continuar mis estudios, quiero trabajar, ver a mis hijos y cuidarlos. He perdido mucho tiempo lejos de los míos. A mi madre ya no le funcionan los riñones a causa de la diabetes, espero en Dios que la sane y me pueda dar la oportunidad de estar pronto con ella.

De esta forma es como he decidido romper mi silencio y desobedecer a mis padres, he roto con esta acción el principio de mi familia.

## **Conclusión**

Hay personas que caminan por la calle, van y vienen de su casa a su trabajo y viceversa, sin saber lo que acontece en su interior, los sentimientos que poseen, los aires que les tocan; como si no hubiera cuestiones difíciles, parecen seres normales a quienes la vida trata de forma normal y los envuelve haciendo que caminen y sigan adelante. He tratado de narrar lo poco que he vivido y lo

mucho que me ha sucedido. Hasta pareciera que esto se invierte, pues a mi corta edad he vivido más de lo que humanamente se puede; sin embargo, aún tengo energías. La vida da muchas vueltas y conmigo no fue la excepción.

Espero que esta historia llegue a los lugares donde hay niñas que sufren y donde los padres se niegan a ver la verdad. No pretendo ser una heroína o mártir de la situación, sólo espero iluminar a quien busque pequeñas respuestas a tan grandes problemas.

Centro de Ejecución de Sanciones Matamoros  
Matamoros, Tamaulipas